

guerra sin piedad á todo aquel mundo, en que no podía encontrar un defensor ni un amigo, y sí solo mendigos de amor, como el *otro* por quien había querido morir.... ¿Para qué morir, puesto que viva podía vengarse, de *él* y de todos?

Y en la fiebre de aquella noche de París, envuelta en un polvo y un calor de tempestad; en aquella atmósfera de embriaguez, en aquel viento de deseo, entre aquel ruido de coches, á la luz de un aparato eléctrico que hacía resplandecer el boulevard, y alargaba fantásticamente sobre el empedrado las sombras de los transeuntes y de los coches, Noris subía lentamente y sola, con el corazón herido, hacia la casa desierta de Batignolles, y tenía gana de abofetear aquellas cobardías, aquellas malicias, aquellas traiciones, aquellos desdenes y aquellas lujurias, con un grito de desafío arrancado por el dolor, y de colocar en su frente, ó sobre su pecho, en el lugar de su corazón, donde sólo existía el vacío, un anuncio que dijera: «Mujer en venta».

## SEGUNDA PARTE.

### I.

En las mañanas del mes de Abril, frescas por la estación primaveral, bajo un cielo color de perla ó azul suave, opalino, que interrumpe aquí y allá el gris pálido del horizonte; en la hora de los jinetes y de las amazonas, de las cabalgatas á lo largo del paseo de las Acacias ó de los Postes, el Bosque de Boulogne está verdaderamente delicioso. Ligero vientecillo mueve las ramas de los árboles, en cuyos extremos parecen brillar gotitas verdes. Una ligera niebla que el sol del Mediodía disipará bien pronto, cual si fuera humo, flota en el fondo de los paseos, semejante á un vapor de plata. La hierba y los arbustos parecen aspirar las brisas de Abril.

En una de esas mañanas, un joven, excelente jinete, y llamando justamente por ello la atención, después de haber subido al paso la avenida del Bosque, picaba espuelas al llegar al paseo de los Postes, satisfecho de aquel fresco ambiente y de la sensación de bienestar que experimentaban sus músculos. Veintiseis ó veintisiete años, estatura

aventajada, modelado el torso en su traje de montar, llevaba un sombrero de fieltro sobre su rostro moreno, de patillas correctas, y que revelaba en él un marino tostado por el viento del mar; el joven montaba como un picador, aunque por vez primera desde su regreso de Valparaíso, un caballo *pursang* que su padre el Marqués juzgaba peligroso.

Raimundo de Ferdys experimentaba singulares atractivos al encontrarse, después de algunos años, en las mismas alamedas en que, siendo muy pequeño, había trotado junto á su padre, en un *poney* que el Marqués le regalara. Con una alegría de estudiante en vacaciones y un remozamiento de sensaciones, volvía á aquellos lugares que le eran tan conocidos, porque Ferdys amaba á aquel diantre de París, aunque le hubiera abandonado desde su adolescencia para correr el mundo; y después de meses y meses de navegación, Dios sabe por dónde, no le disgustaba encontrarse en aquel centro de la vida intelectual y de batallas cerebrales, de que sólo conocía los restos por trozos de cartas ó pedazos de periódicos leídos por casualidad en el fin de la tierra.

Le agradaba, sobre todo, volver al Bosque, esta quinta esencia que es el baño de París, como el boulevard es la fiebre; al Bosque en la hora del paseo á caballo, con el ruido de los galopes sobre la tierra suave como la pista de un circo, y los horizontes de un gris pálido, los extremos de las calles de árboles, en que los jinetes y las amazonas, apenas perceptibles, saltan á lo lejos como lindos muñecos movidos por un hilo, y las siluetas de mujeres de larga falda y corsé ceñido, según el *chic* inglés ó francés, y todas las coqueterías del Bosque, adornado, lavado y limpio como una acuarela, animado

frecuentemente por la aparición de algún uniforme militar, ya la obscura levita de un oficial de dragones, ya el dormán azul de un oficial de cazadores.

Raimundo respiraba en aquella mañana de yacilante primavera. ¡Diez de Abril! Castaños que tenían miedo, hojillas que temerosas se desplegaban en las ramas de los espinos. Una mañana primaveral, que, sin el vago tinte verdoso, hubiese parecido un invierno benigno. Esto compensaba á Ferdys de los días cálidos de Nouka-Hiva, ó del sol del mar en los países tórridos. Jamás le había parecido tan seductor el Bosque.

El marino pagaba, al encontrarlo, su deuda de gratitud y de regreso á París.

1877—1882. ¡Cómo había volado el tiempo, semejante á la marea, arrastrando las piedras, los hombres y las cosas! ¡Cinco años! En aquel período, ¡cuántas metamorfosis, visibles solamente para los que no las siguen segundo por segundo!

¡Cinco años! Durante los mismos, Raimundo de Ferdys había hecho muchas estaciones en los mares del Sur, en Taíti y en las Marquesas; y después en Lima, en Valparaíso, colocándose en el hombro, en el *Montcalm*, buque almirante en China, los cordones de ayudante del almirante jefe de la estación, y á los veinticinco años, teniente de navío y condecorado, se encontraba como en 1877 en París; pero agregado ahora al estado mayor del ministro, y llevando los tres galones de oro en las mangas, los cordones y el cinturón rojo y dorado, de oficial á las órdenes. Muy pocos días hacía que llegó de Brest á ocupar su nuevo puesto, llamado por su antiguo almirante del *Montcalm*, que sabía todo lo que valía el oficial, y después de haberse mostrado

en los círculos y salones con su gorra galoneada, del brazo de aquel diablo de marqués de Ferdys, su padre, tan joven, más joven acaso que antes, Raimundo había colgado el uniforme, y parisiense de buen tono, llevaba una vida doblemente ocupada como ayudante de órdenes activo y como curioso que estudiaba á París, al París intelectual, y se divertía todo lo posible en las horas libres que le dejaban sus ocupaciones cerca del Ministro.

Raimundo, por otra parte, encontraba facilidades para todo, y podía admirar simultáneamente al almirante Pradier por su actividad, y al mismo señor de Ferdys, por cierto don de ubicuidad que el viejo Marqués,—si de viejo podía calificársele,—tenía en mucho.

—Raimundo (decía el padre) está en todas partes á la vez: en la Biblioteca y en el Gun-club, en el Perejil y en la antecámara del Consejo de ministros. Causa estupefacción á todos, y aun á mí mismo, que antiguamente le consideraba un benedictino.... Ciertó es que, en cuanto á las mujeres....

Y el Marqués movía significativamente la cabeza, como dando á entender que en aquel punto, delicadamente íntimo, su hijo estaba muy atrasado.

Raimundo, despreciando las sensaciones frívolas, que se expenden al por mayor, guardaba acaso en su alma un ideal soñado ó una esperanza perseguida. Lo cierto es que se encontraba muy gozoso en París, aspirando los perfumes del Bosque al despertarse. No encontraba en sus paseos ciertamente más caras conocidas que las de algunos generales viejos, amigos de su padre, que conducían á sus hijos ó á sus nietos al trote de sus *poneys*, y que al devolverle su saludo, sin reconocerle, le

tomaban, al distinguir la cinta roja de su ojal, por algún oficial en traje de paisano. Como Raimundo había dejado muy joven la sociedad al marchar por vez primera á Brest, estaba en París como un extranjero, como un medio salvaje.

¡Bah! Aquel aislamiento, aquella especie de soledad libre, tenía para él los mayores encantos. Le agradaba pasar inadvertido, como espectador antes que como actor, dejando el ruido y la ostentación á los hambrientos de atención que representan algún papel y son esclavos de él, obligados durante años á conservar su actitud. Su satisfacción consistía en ser dueño de sí mismo, en mirar y no ser mirado; y en aquella mañana contemplaba todo, fijándose en los senderos silenciosos y tranquilos, bañados por una luz plateada como un ligero velo de idilio.

Raimundo se retrasó algún tiempo, dejando que las calles de árboles estuvieran desiertas, y que el Bosque cayera en el silencio, hasta que volviera la animación y los carruajes de la tarde. Se había quedado casi sólo en el paseo, y llevaba su caballo al paso, cuando distinguió á lo lejos, con su mirada de marino, que tanto veía y adivinaba, una amazona que se dirigía en sentido opuesto al suyo, y que á veces ocultaban las ramas de los árboles.

Erguida sobre una silla de cuero amarillo, muy elegante y con el cuerpo ceñido por un traje azul oscuro, llevando un ramo de lilas en el pecho, desaparecía y reaparecía por detrás del fino encaje de las hojas, y avanzaba lentamente, seguida de un *groom* correctamente vestido, y en la mano un latiguillo de puño de marfil, colocado transversalmente sobre el cuello del caballo.

Á medida que la linda silueta de la joven se acercaba á Raimundo, le parecía más encantadora, y experimentaba una emoción singular, como si conociera á la amazona y ella le reconociera también.

Evidentemente se equivocaba; pero aquella amazona, altiva y graciosa á la vez, con el sombrero colocado atrevidamente sobre sus negros cabellos, aquella fina viñeta inglesa con ojos de parisiense, se parecía extraordinariamente á Noris Feraud, á aquella Noris cuyo recuerdo le acompañaba en sus viajes, y de la que vagamente le habían hablado en París.

Una reina de la capital. Noris, según se decía.

Acercándose ambos jinetes al paso de sus cabalgaduras, Raimundo no pudo dudar ya; era su rostro fino de linda morena, sus negros y rizados cabellos y sus ojos profundos, dulces y tristes antes, aquella tez de criolla con blancura de japonesa.... Sí, era Noris, mujer, conservando, no obstante sus veinticuatro años, la esbeltez encantadora, la ondulación de muchacha, de la Noris de otros tiempos.

— ¡Noris! (repitió Raimundo ensimismado.)  
¡Noris!

¡Le parecía que su pasado reverdecía como el oxiacanto con aquel nombre de mujer!

¿Y qué podría decir á Noris que no fuera superficial y necio, después de cinco años sin haberla escrito una sola línea, aunque más de una vez había pensado en ella? El alférez de navío sentíase ligeramente turbado y hasta intimidado. Pero ella le había reconocido seguramente, y, sujetando su caballo, le había saludado tendiéndole la mano, y lanzando un leve grito de alegría.

— ¡Ah, señor de Ferdys!.... ¿Cómo no habéis ido á visitarme? ¡Ya sabía que estabais en París!

— Me han dicho que no recibíais á nadie.

— No recibo á todo el mundo. ¡Pero á vos es diferente!

Y había acompañado su frase con una sonrisa, envolviendo á Ferdys en una mirada de afecto y de verdadera bondad, en que se notaba cierta admiración femenil hacia aquel joven enérgico y bien plantado, que, según observó ella, había palidecido al verla.

— ¿Tenéis mucha prisa por regresar, ó queréis dar una vuelta más? El tiempo está hermoso para pasear á caballo.

Raimundo se colocó á su derecha, y, con la lentitud de su paseo, su conversación, ya furtiva, ya risueña, comenzó, acompañada por el ruido sordo de las herraduras de sus caballos sobre la roja tierra del Bosque.

El sol elevábase, atravesando la leve niebla, dorando aquí y allá las verdes hojillas, y las voces se escuchaban más distintamente en el Bosque, ya medio desierto.

— Ya estáis de vuelta en París y convertido en parisiense, señor de Ferdys.... ¿Verdad que París es muy bello?

— Eso depende de lo que se encuentra en él.

Noris reía.

— Muy galante os habéis vuelto.... ¿Os han enseñado las chinitas músicas esos madrigales?

— Ahora no he estado en China.

— ¿Pues dónde?

— En diferentes puntos.... En los mares del Sur: en Taíti.

—¡Taïti! Á lo que parece, es un paraíso...., un verdadero paraíso.... Todo el mundo es allí dichoso con nada.

—Con muy poco debían ser muy felices, hasta que les llevamos nuestra civilización. Pero la bisutería y los trajes europeos lo han echado todo á perder.

—No me extraña eso.... ¿Y habéis visto allí á Rarahu?

—¿Rarahu?

Noris seguía riendo.

—Debéis haber tenido alguna aventura de viaje. Las haitianas deben ser apetitosas: ¿cómo son, señor de Ferdys?

—En París serían muy feas; allí son encantadoras.

—¿Color de ladrillo?

—De café con leche.

—¿Buenas?

—Sí, y curiosas. Aman á los extranjeros por esa curiosidad; pero sólo quieren de veras á sus kanaks. Son tiernas y románticas.

—¡Románticas!.... ¡Pobres chicas!

Noris había dicho esto con un tono de amargura, que llamó la atención de Raimundo.

—¡Oh! Muy románticas (siguió diciendo). Cuando uno se ausenta de ellas, le dicen: «Llévate lo que más te agrada de mí». Y al responderles que lo que más nos agrada es el cabello, no vacilau un punto, y su cabellera cae. Un amigo mío estaba enamorado de una joven taitiana, cuya mano era muy bella, aunque pintada de azul: «Tu mano es lo que más me agrada de ti», le decía cuando ella le ofrecía algún recuerdo. «¿Mi mano? Pues bien: córtala.»

—¡Ah! Pero eso es amar de veras las insulares.... ¡Cortarse la mano!.... Las parisienses no se cortarían ni siquiera sus uñas rosadas, que tanto necesitan para arañar.

Mientras que Noris hablaba, Raimundo había intentado encontrar la mirada franca de la joven, á la que sólo veía de perfil, como un camafeo oriental. Noris marchaba al paso lento de su caballo, con los ojos fijos en el fondo de la calle de árboles que iba iluminándose por momentos: afectaba no mirar á su acompañante, y, sin embargo, cuando habló de la mano pintada de azul que la muchacha de Taiti quería entregar cortada á su amante, se volvió nerviosamente á Raimundo:

—¿Sois vos á quien ocurrió eso?

Ferdys observó entonces aquella mirada negra, profunda y ardiente de otras veces, con una expresión de cólera ó de amargura que no tenían sus ojos á los diez y nueve años.

—No, no es á mí á quien se quiso hacer el regalo.

—¡Y creería ser muy generosa!.... (añadió Noris secamente.) Cortarse la mano, será heroico y cruel; pero hay algo más siniestro todavía....

—¿Y es?

—Vais á juzgarme también romántica.... Es ¡arrancarse el corazón!

Un relámpago iluminó su mirada, y todo el rostro de aquella mujer sufrió una brusca transición nerviosa.... Después recobró su risa, que sonaba en sus labios rojos como un cristal roto, y dando un latigazo á su caballo, dijo:

—Espero, señor de Ferdys, que me contaréis todo esto en mi casa. Tengo gran interés en volver á veros, porque me parece que tenemos que con-

tarnos una porción de pequeñeces.... ¡Ah! ¡Qué aturdida soy!.... ¡No os he dado mis señas!

—Las conozco; el otro día me enseñaron vuestro hotel, que es muy lindo...., digno de vos.

—¡Ah! ¿Quién os lo enseñó?

Raimundo sonrió á su vez, no sin cierta melancolía:

—¡Mi padre!

Noris esperaba, sin duda, otro nombre, y quiso interrogar también la mirada de Raimundo, y cuando éste nombró al Marqués, dijo riendo:

—Sí, el Marqués debe conocer la calle Jouffroy.... Frecuentemente veo su cupé á la puerta de la casa de.... ¡una amiga mía muy guapa! ¡Qué queréis! (siguió diciendo, al ver que Raimundo denunciaba en su fisonomía cierto disgusto). Vuestro padre será siempre vuestro hermano menor. Puede quemar sus cabellos grises en los cigarrillos de las parisienses; pero no los manchará...., y, por otra parte, Margarita Brunier no es mala ni peligrosa. Con alguna mayor energía y un poco más de suerte, hubiera podido ser una mujer honrada.... ¡De cuántas maneras se cae!.... ¡Y si os contase yo cómo he conocido á esa Margarita! En el cementerio.... Ya os contaré todo esto. Os espero.

Tendió de nuevo su mano á Raimundo, que éste estrechó más tiempo que la primera vez, con sus ojos fijos en los de Noris.

Ésta repitió:

—¿Hasta pronto?

—Sí, hasta pronto.

Y la joven sonrió, con la cabeza algo inclinada y la boca dibujando una caricia irónica.

—Parecéis muy feliz,—dijo Raimundo.

—Sí.... Estoy muy contenta.... Muy contenta hoy.

—¿Por qué causa?

—Porque os veo.... Y, no obstante, ¡qué recuerdos evocáis, mi pobre Marqués!

—¡Ah! ¿No habéis olvidado?

Y volvió Noris á sonreír.

—¿Se olvida acaso?....

Y se lanzó al galope de su caballo, perdiéndose entre los árboles, y despidiéndose de Ferdys con estas palabras:

—¡No me olvidéis! Y hasta pronto....

Raimundo, espoleando á su caballo, la siguió un momento, contemplando desde lejos aquella linda silueta, sobre la que, á través de las hojas que parecían prestarle un velo movible, parecía llover el sol. Noris se alejaba rápidamente, y salía ya del camino de los Postes, ganando la puerta del Bosque por la Avenida Arenosa. Entonces volvió él á París como á disgusto, con los ojos fijos sobre aquel punto negro que por instantes disminuía y que era una mujer adorable; aquella Noris que había producido en él el primer estremecimiento de amor, haciendo asomar á sus ojos la primera lágrima, y á la que no había olvidado nunca.

—¿Se olvida acaso?